

## PRESENTACIÓN

La Vicerrectoría de Investigación y la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura, con su Programa de Investigaciones Literarias, realizaron los días martes 30 de setiembre y miércoles 1 de octubre del 2014, sus II Jornadas de investigación “Representaciones literarias de lo monstruoso”, cuyo objetivo se dirigió a analizar la actualidad y la vigencia de lo monstruoso en la literatura en tanto efecto ominoso y recurrente. Abiertamente se escogió que las jornadas estuvieran a caballo entre dos meses para que la performatividad de pertenecer, desde el punto de vista cronológico a dos distintos, fuera un signo más de esa esencia dispar que la mentalidad grecolatina vio en esos seres fabulosos, mitad humanos, mitad animales, que poblaron sus imaginarios de terror y de miedo hacia lo insólito y lo extraordinario. Luego, muy rápidamente, recordemos, estos mismos imaginarios propiciaron las metamorfosis que traspasan lo físico y encuentran la depravación y la crueldad en los seres humanos, por lo cual asocian lo monstruoso a cualidades morales y psicológicas que les serán inherentes, cuando nacen de sus instintos y afectos más siniestros.

Sirva este preámbulo para plantear la vigencia del efecto de lo monstruoso desde los comienzos de nuestra literatura occidental, pero que no se circunscriben solamente a ella, cuando también las culturas indígenas americanas (en el caso analizado por Carla Jara Murillo) también están pobladas de seres y de monstruos ancestrales, que tienen que ver con las fuerzas antagónicas del Bien y del Mal. Lo monstruoso sigue permeando la creación de figuras, de objetos y de espacios que alternan con una sociedad mediática y racional, en momentos en que la violencia y la destructividad humana se acrecientan y nos hacen preguntarnos sobre el potencial del mito del eterno retorno sobre lo monstruoso. Eso es lo que interrogan los trabajos que se encontrarán a continuación; su ubicación en este volumen y también en las Jornadas de Investigación obedeció a un criterio diacrónico con el fin de observar la evolución y el desarrollo de esa constante que es lo monstruoso en tanto categoría estético-cultural.

Henry Campos Vargas y Nazira Álvarez Espinoza inauguran el volumen refiriéndose propiamente al mundo antiguo; el primero observa cómo desde los orígenes mismos de la tradición clásica en Occidente y su literatura lo monstruoso está presente en el empleo y apariciones de seres deformes o anormales, para pasar a los fundamentos retóricos que en nuestro pensamiento posee esta categoría desde los tiempos de Homero. No es casual, entonces, que en la cultura griega la aspiración fundamental al orden y a la racionalidad se proclame frente a personajes femeninos cuya figuras tienden hacia lo monstruoso, lo que ocurre, por ejemplo en la *Hécabe* de Eurípides, en donde el personaje epónimo se convierte en el epítome de la madre monstruosa en la vorágine de venganza y trasgresión que ella representa. Viniéndonos a este lado del Atlántico, Carla Victoria Jara Murillo analiza la tradición oral bribri del *SŪWŌ*!, para detenerse en la temática de los seres mitológicos, los bé, “diablos y otras entidades nocivas”, entre los cuales se encuentran

los *iyiwak sulüsi*, monstruos que castigan el incesto. Jara Murillo realiza una tipología/repertorio de lo monstruoso en esta tradición oral a partir de estos seres mitológicos.

Por su parte, Jorge Chen Sham se decanta por estudiar una de las novelas claves de la literatura decimonónica, en donde la peruana Clorinda Matto de Turner perfila dos figuras que toda la literatura latinoamericana catapulta para desarrollar y atacar los desmanes del poder; el alcalde y el cura. En *Aves sin nido* (1889), Matto de Turner los vilipendia y censura duramente desde el inicio de su novela, llamándolos “monstruos de codicia y aun de lujuria”, mientras los alcances de lo monstruoso con figura humana se retoman en otra gran novela de crítica social de la región andina, en *Huasipungo* (1934) de Jorge Icaza. Por su parte, Ricardo Chaves realiza un recorrido diacrónico por esos monstruos fantásticos en la literatura costarricense. Se interesa por las primeras representaciones de lo monstruoso en la literatura del país, a partir de los relatos de Manuel Argüello y Jenaro Cardona, para terminar con apariciones posteriores en textos de la segunda mitad del siglo pasado, como las de Alfredo Cardona Peña o Rafael Ángel Herra.

En el ámbito de la literatura española, Norman Marín Calderón vuelve sus ojos hacia el esperpento de Valle-Inclán, cuya técnica apunta hacia la deformación sistemática de la realidad, para lo cual agranda los atributos grotescos, monstruosos e incoherentes ahí en donde los seres humanos se animalizan. El corpus lo conforman, sobre todo, *Luces de Bohemia* (1920) y *Divinas palabras* (1920) para enfatizar el desdoblamiento de los personajes, el uso de la máscara, la distorsión del lenguaje. Así, con la animalización y la “muñequización”, propios de lo grotesco, los personajes pueden ser revisados en función de lo monstruoso ahora. Esta perspectiva de acercarse a textos y a personajes que ya son parte de nuestra tradición literaria, la realiza también Dorde Cuvardic García, con el cuento “El jorobadito”, de Roberto Arlt. Se trata de explicar al personaje epónimo desde la condición de monstruo moral que reviste el jorobado, en cuya figura cae el escarnio social.

Continúa Carolina Sanabria con un análisis de dos novelas costarricenses, en donde el espacio familiar de la casa aparece asfixiante para provocar, en los miembros de la familia, extrañas evasiones, con lo que termina constituyéndose en función de lo ominoso. Lo no-familiar del *unheimlich* se manifiesta en tanto instancia de represión. De *La ruta de su evasión* (1949), de Yolanda Oreamuno, a *Larga noche hacia mi madre* (2013), de Carlos Cortés, la atmósfera fantasmal del plano familiar raya en lo siniestro a causa de la figura de la madre. En cuanto a reelaboraciones de lo monstruoso, Demetrio Anzaldo-González se dirige hacia la diosa azteca Coatlicue, que causó tanto estupor/horror al conquistador español, al representar una deidad sanguinaria y bestial. Su estela la encuentra Anzaldo González en dos textos literarios, en *Los recuerdos del porvenir*, de Elena Garro, y en *Borderlands. La frontera The New Mestiza*, texto fundamental para la elaboración identitaria de lo chicano. En ellos, la personificación y desarrollo de las figuras femeninas permite comprender cómo lo monstruoso alcanza una nueva aceptación/consagración que rompe con las ataduras a un modelo eurocéntrico y canónico y le otorga estatuto identitario a los descendientes de una renovada Coatlicue. Siguiendo estas perspectiva de mestizaje y de hibridación cultural, Tatiana Herrera Ávila se interesa por otro texto clásico de la literatura latinoamericana, el cuento “Chac Mool” (1954), de Carlos Fuentes. Ella analiza el carácter monstruoso del Chac Mool a partir también de la categoría freudiana de lo *unheimlich*. La ambivalencia y el doble son las nociones que explican cómo el ídolo comparte a la vez una naturaleza divina y una monstruosa; pero esta última solamente aparecerá toda vez que se requiera la inmolación o el sacrificio de Filiberto,

a quien el propio Chac Mool sustituye de acuerdo con una transferencia simbólica llevada a cabo en el desenlace del cuento.

Estas transferencias o transformaciones de lo monstruoso se aprecian en el trabajo de Carlos Manuel Villalobos, porque si esta categoría funciona como sustituto que muestra/oculta algo profundo (el miedo y la repulsa), puede abordarse su efecto en tanto máscara semiótica. Villalobos analiza dos cuentos costarricenses: “El Jaspe”, de Fabián Dobles, y “Madera de troles” de Alexander Obando. Con un trasfondo político-social costarricense, “El Jaspe” denuncia la expropiación de tierras por parte de las bananeras, mientras “Madera de troles” evoca el escándalo de corrupción política que se desata en el gobierno de Miguel Ángel Rodríguez. Lo monstruoso se construye en términos de una alegoría que trasciende lo fantástico. Algo similar sucede en el artículo de Edgar Cota Torres y Mayela Vallejo Ramírez, cuyo análisis sobre el relato “El huésped”, de la escritora mexicana Amparo Dávila sorprende cuando el personaje central es una especie de monstruo, “con grandes ojos amarillentos, casi redondos, sin párpados”, pero que no es un ser o una entidad concreta. La monstruosidad ahora adquiere unas formas inusitadas que no pueden ser ni asimiladas ni conceptualizadas, apenas solamente nombradas o dichas simbólicamente a partir de la violencia y del terror.

Por su parte, Ivonne Robles Mohs estudia *Cien años de soledad* desde un contexto rabelesiano en el que todas las distinciones entre lo elevado y lo bajo, lo prohibido y lo autorizado, lo sagrado y lo profano, pierden toda su fuerza, para que en la novela de García Márquez, la onomástica ponga de manifiesto el carácter carnavalesco o subversivo de esa compleja inscripción que ella encuentra de Tezcatlipoca, el dios azteca burlón, invisible, controversial y polimorfo. De esta manera, *Cien años de soledad* responde al sujeto colonial americano con retratos que, si bien lo identificaban con la naturaleza, la pasión, lo femenino, lo rústico y lo pagano, lo hacen también con lo contrario, en un juego burlesco y complejo en el que el monstruo y los antropófagos son sus figuraciones más ostensibles.

También Verónica Ríos Quesada se dedica a analizar la otredad política en función de lo monstruoso en la literatura centroamericana y, con esta finalidad, se detiene en la novela *Trágame tierra*, de Lizandro Chávez. Ella encuentra, en la novela, una concepción de lo monstruoso basada, en primera instancia, en la biopolítica y que se despliega a través de una retórica de la insurrección. Centrándose en el capítulo 7, el espacio fronterizo y selvático entre Honduras y Nicaragua permite ejemplificar una representación de lo monstruoso, cuando Luciano, convertido en presa, abraza su animalidad. Otras figuraciones de lo monstruoso también se cuestionan en el artículo de Irene González Muñoz. Analizando al cíclope Polifemo en *Los Peor*, del costarricense Fernando Contreras, González Muñoz se pregunta si este sigue representando una fuerza primitiva o regresiva como en la tradición griega. Su anormalidad, visible para todos en *Los Peor*, se neutraliza cuando el cíclope Polifemo Peor deviene, tanto por su condición de ser humano anormal como por la educación recibida, en el “freak” social para que su monstruosidad pase a segundo plano.

Guadalupe Pérez-Anzaldo se plantea otro escenario en donde la violencia de las últimas décadas del siglo XX, genera las guerras sucias llevadas a cabo en los países de centro y Sudamérica. De esta manera, la guerra forma parte de la estrategia de silenciamiento en el que el discurso oficial mexicano no quiere reconocer sus brutalidades perpetradas en tanto figuración del monstruoso Estado. En su novela *Guerra en el paraíso* (1997), Carlos Montemayor trama un México caótico, en donde la monstruosidad del Estado posee unos tentáculos avasalladores que se manifiestan en la cacería oficial desplegada en el estado de Guerrero, cuando se

persigue a la guerrilla encabezada por el maestro rural Lucio Cabañas. Esta guerra dejó a su paso miles de muertos y una destrucción ecológica, plantea Pérez-Anzaldo. Lo monstruoso en un escenario de guerra y de violencia preocupa a la escritora salvadoreña Claudia Hernández, de la que se presentan a continuación dos trabajos. En el primero, Virginia Caamaño Morúa, analiza los cuentos “Hechos de un buen ciudadano I” y “Hechos de un buen ciudadano II”. A partir de una estética fantástica con procedimientos de parodia y del absurdo, Hernández ensaya una nueva forma de realismo en donde se expone un Estado de derecho simulado; todo ello con el fin de que nos asombremos del cinismo en situaciones de brutalidad y de violencia. La apariencia y el simulacro envuelven a los habitantes de esa sociedad, para que descubramos detrás de sus actuaciones su realidad monstruosa. Por su parte, Hilda Gairaud se preocupa por caracterizar a algunos personajes en la narrativa de Claudia Hernández. Estos personajes se presentan como monstruos; son seres amorfos, a veces invisibles e infames que transgreden la concepción de personajes “normales” y “estéticos”. En el universo narrativo de Hernández pululan criaturas animalescas, especies endémicas, voces invisibles y fantasmas que seducen y susurran a otros personajes incitándolos a no solo identificarse con ellos, sino a cometer acciones y actos que degradan y son en principio “antinaturales”, para que su figuración hable de la violencia en un contexto de posguerra.

Finalmente, Magdalena Vázquez Vargas analiza el libro infantil *Érase ese monstruo* (Premio Carmen Lyra, 2003), de la costarricense Floria Jiménez. La autora logra invertir el efecto de terror que lo monstruoso provoca en las mentes infantiles, gracias a unos poemas en donde los monstruos adquieren una nueva caracterización, porque en lugar de producir miedo provocan risa. Vázquez Vargas estudia de forma específica los recursos retóricos que contribuyen a la producción del humor, así como el modo en que se resignifican los monstruos, cuyo origen se encuentra en el folclor universal y en el costarricense.

*Jorge Chen Sham*  
*Coordinador de la Jornada*